

—Entonces Satanás.

—Mi querido lord, Adan solo fué el editor responsable; fué engañado y endosó el engaño al género humano. El hombre fué entregado á la mujer por el diablo.

Hugo Cholmley, conde de su apellido y gran legista, fué interrogado desde el banco de los obispos por Nathanael Crew, que era par dos veces; par temporal, por ser baron Crew, y par espiritual, por ser obispo de Durham.

—Eso es posible? decia Crew.

—Eso es regular? exclamaba Cholmley.

—Se verificó fuera de la Cámara la investidura del nuevo par, repetia el obispo, pero se asegura que sobre esto hay precedentes.

—Sí, así se admitió á lord Beauchamp en la época de Ricardo II y á lord Chenay en la de Elisabet.

—Y á lord Broghill en la de Cromwell.

—La de Cromwell no debe contarse.

—Qué pensais de todo esto?

—Muchas cosas.

—Milord Cholmley, ¿qué rango le corresponderá en la Cámara al jóven Fernando Clancharlie?

—Milord obispo, la interrupcion republicana reformó los antiguos rangos, y Clancharlie tiene hoy la pairia entre Barnad y Somers, por lo que si se estableciese el turno de manifestar las opiniones, lord Fernando Clancharlie hablaría el octavo.

—Seria curioso ver usar de la palabra á un volatinero callejero.

—Este incidente no me asombra, milord obispo, porque suceden otros más sorprendentes todavía. La guerra de las dos Rosas se anunció secándose de repente el rio Ohuse, en Bedford, el 1.º de Enero de 1399. Pues si un rio puede secarse, un señor puede caer en una condicion servil. Ulises, rey de Itaca, se dedicó á toda clase de oficios, y Fernando Clancharlie ha permanecido siendo lord debajo de su envoltura de histrion. La ruindad del traje no perjudica á la nobleza de la sangre. Pero la toma del juramento y la investidura fuera de la sesion, aunque en rigor sea legal, puede provocar objeciones.

—De todos modos, no se ha conocido otra aventura como esta desde los remotos tiempos del conde Gesbodius, insistió diciendo el lord obispo.

La conversacion general de todos los bancos de la Alta Cámara abarcaba los

extremos siguientes: Gwynplaine, *El hombre que rie*, la posada Tadcaster, la Green-Box, *El caos vencido*, la Suiza, Chillon, los comprachicos, el destierro, la mutilacion, la república, Jeffreys, Jacobo II, la *Jussu regis*, la calabaza abierta en el Almirantazgo, el padre lord Lineus, el hijo legítimo lord Fernando, el hijo bastardo lord David, los conflictos probables que sucederian, la duquesa Josiana, el lord-canciller y la reina; todos estos detalles de la extraordinaria aventura levantaban inmenso murmullo en la Cámara.

Gwynplaine, en el estado de abstraccion en que se encontraba, oia vagamente ese zumbido, pero sin saber que él lo producía; estaba, sin embargo, muy atento á las profundidades de los sucesos, pero no á la superficie, y el exceso de atencion nos aisla.

El rumor de la Cámara no impedia que la sesion estuviese verificándose, así como la nube de polvo que se levanta no impide la marcha de un ejército. Los jueces, que solo son simples asistentes en la Cámara Alta, y que no pueden hablar si no se les interroga, se habian sentado en el segundo saco de lana y los tres secretarios de Estado en el tercero. Afluían á sus asientos los herederos de la pairia, que estaban situados, como dijimos, detrás del trono, y que estaban á la vez dentro y fuera de la Cámara.

En 1705 los pares menores de edad nunca eran menos de doce.

Dentro del recinto, y en las tres filas de bancos, cada lord habia ocupado su asiento. Estaban casi todos los obispos. Los duques eran numerosos y empezaban por Carlos Seymour, duque de Somerset, y concluían por Jorge Augustus, príncipe electoral de Hannover, duque de Cambridge, el último nombrado y por consiguiente el último en el rango.

VI.

La Alta y la Baja.

De repente se llenó la Cámara de viva claridad. Cuatro door-keepers entraron y pusieron á los dos lados del trono cuatro altos y complicados candelabros cargados de bujías encendidas; el trono se coloreó de una especie de púrpura luminosa y estaba augusto, aunque vacío.

El ujier de la vara negra entró con la varilla en alto, anunciando:

—Sus señorías los comisionados de su majestad.

Entonces cesaron todos los rumores.

Un abogado, con peluca y traje talar, apareció en la puerta sosteniendo un almohadon flordelisado, sobre el que descansaban varios pergaminos; estos pergaminos eran bills; de cada uno de ellos pendia de una trenza de seda la bolilla de marfil ó la bula de oro, de la que las leyes toman el nombre de bills en Inglaterra y de *bulas* en Roma. Detrás de dicho personaje entraron tres hombres vestidos de par, cubiertos con el sombrero de plumas. Estos hombres eran los comisarios reales: el primero el lord-tesorero mayor de Inglaterra, Godolphin; el segundo el lord-presidente del Consejo, Pembroke, y el tercero el lord del sello privado, Newcastle.

Andaban uno detrás de otro, segun la preferencia, no del título, sino del cargo; Godolphin iba delante y Newcastle detrás, aunque era duque.

Llegaron al banco colocado delante del trono, haciendo saludo reverente á la silla real; se quitaron los sombreros y se sentaron en dicho banco.

El lord-canciller, volviéndose hácia el ujier de la vara negra, le dijo:

—Que vengan á la barra los comunes.

El ujier de la vara negra salió.

El abogado, que lo era de la Cámara de los Lores, puso en la mesa situada en el cuadrado donde estaban los sacos de lana el almohadon que contenia los bills.

Dos door-keepers colocaron delante de la barra un escabel de tres escalones, forrado de terciopelo encarnado, en el que los clavos dorados dibujaban flores de lis.

La gran puerta, que habian cerrado, volvió á abrirse, y una voz gritó:

—Los fieles comunes de Inglaterra.

Era el ujier de la vara negra, que anunciaba la otra mitad del Parlamento.

Los lores se cubrieron.

Los miembros de los Comunes entraron, precedidos por el speaker (1), con la cabeza descubierta y se detuvieron ante la barra. Llevaban el traje de ciudad, casi todos negro, pero ceñían espada.

El speaker, que era el honorable John Smyth, escudero, miembro de la Cámara de los Comunes por la aldea de Andover, subió sobre el escabel que estaba dispuesto en el medio de la barra. El ora-

(1) Orador.

dor de los Comunes vestia largo traje talar de satin negro, de anchas mangas, con tiras galoneadas de oro, y usaba peluca más pequeña que el lord-canciller.

El orador y la comision de los miembros de los Comunes se quedaron allí de pié y descubiertos, ante los pares sentados y cubiertos.

En cuanto cesó el murmullo que produjo la entrada de los recién venidos, el pregonero de la vara negra, á la puerta, gritó:

—Oid!

El abogado de la Corona se puso en pié. Tomó, desplegó y leyó el primero de los pergaminos que estaban sobre el almohadon. Era un mensaje de la reina en el que nombraba, para que la representasen en el Parlamento, con poderes para sancionar los bills, tres comisarios, á saber... Al llegar á este punto de la lectura el abogado, levantando más la voz, dijo:

—“Sydney, conde de Godolphin.”

Y saludó al personaje aludido; éste se descubrió.

—“Thomas Herbert, conde de Pembroke y de Montgomery.”

El abogado saludó también á Pembroke; éste se descubrió.

—“John Hollis, duque de Newcastle.”

Y se verificó la misma ceremonia que con los dos comisarios anteriores.

El abogado de la Corona se volvió á sentar y el del Parlamento se puso en pié; el sub-abogado, que estaba de rodillas, se levantó detrás de él: los dos estaban frente al trono y de espaldas á los comunes.

Quedaban sobre el almohadon cinco bills, que, votados ya por los comunes y consentidos por los lores, esperaban solo la sancion real.

El abogado del Parlamento leyó el primer bill. Era un acta de los comunes, cargando al Estado las mejoras que habia hecho la reina en su residencia de Hampton-Court, que ascendian á un millon de libras esterlinas.

Despues de leerle, el abogado saludó profundamente al trono; el sub-abogado repitió el saludo con más reverencia aun; despues, volviendo la cabeza á los comunes, dijo:

—La reina se complace aceptando vuestras benevolencias.

El abogado leyó el segundo bill. Era una ley castigando con prision y con multa á todo el que se sustrajese del servicio de los *traimbands*,

Los traimbands eran una especie de milicia ciudadana que servía gratis y que en la época de Elisabet logró reunir ciento ochenta y cinco mil peones y cuarenta mil ginetes.

Los dos abogados hicieron á la silla real otra reverencia, despues de la que el sub-abogado dijo á la Cámara de los Comunes:

—Así lo desea la reina.

El tercer bill aumentaba los diezmos y las prebendas del obispo de Lichfield y de Coventry, que era uno de los cargos eclesiásticos más ricos de Inglaterra. El cuarto bill añadía al presupuesto de nuevos impuestos: uno, sobre el papel que imita al mármol; otro, sobre las carrocerías en Lóndres, y disponiendo que pagasen cada una cincuenta y dos libras al año, y otros impuestos que, por no ser difusos, suprimimos. El quinto bill prohibía admitir en el hospital á ningún enfermo, si no depositaba al entrar una libra esterlina para pagar su entierro en el caso de que falleciese. Los tres bills últimos, como los dos primeros, se sancionaron uno despues de otro y se convirtieron en leyes por medio del saludo al trono y las palabras del sub-abogado "la reina así lo desea," dichas de espaldas á los comunes.

Despues el sub-abogado se puso de rodillas delante de los cuatro sacos de lana, y el lord-canciller dijo:

—Cúmplase como se desea.

Así terminó la sesión real.

El speaker, doblándose ante el canceller, descendió de espaldas del escabel; la comisión de miembros de los comunes se inclinó hasta el suelo, y mientras la Cámara Alta reanudaba la orden del día interrumpida, sin atender á dichos saludos, la Cámara Baja se marchó.

VII.

Las tempestades de los hombres son peores que las del Océano.

La gran puerta se cerró: entró el ujier de la vara negra, y los lores comisarios régios, abandonando el banco del Estado, se sentaron á la cabeza del banco de los duques, en los sitios que correspondían á sus cargos. El lord-canciller tomó la palabra:

—Milores: habiendo deliberado la Cámara durante muchos días sobre el bill que propone el aumento de cien mil libras esterlinas en la asignación anual de

su alteza real el príncipe, esposo de su majestad, y estando ya agotado y cerrado este debate, vá á procederse á la votación. El voto se principiará á dar, segun es costumbre, por el *puine* (1) del banco de los barones. Cada lord, cuando se pronuncien su apellido y sus títulos, responderá *content* ó *non content*, y podrá exponer los motivos de su voto, si lo cree oportuno. Abogado, llamado á votar.

El abogado del Parlamento, de pié, abrió un ancho folio, sostenido por un pupitre dorado, que era el libro de la pairía.

El *puine* de la Cámara era en esta época lord John Hervey, creado baron y par en 1703.

El abogado dijo:

—Milord John, baron Hervey.

Un viejo con peluca blonda se levantó.

—Content, respondió.

El sub-abogado registró el voto.

El abogado continuó nombrando por su turno á los pares.

—Milord Francisco Seymour, baron Conway de Kiltulagh.

—Content, contestó, semilevantándose, un joven con fisonomía de paje.

—Milord John Leveson, baron Gower.

—Content, dijo el nombrado.

—Milord Heneage Finch, baron Guernsey.

—Content, gritó el aludido.

Mientras se sentaba despues de contestar, el abogado llamaba al quinto baron.

—Milord John, baron Granville.

—Content, respondió éste.

—Milord Carlos Mountaque, baron Halifax.

—El príncipe Jorge, dijo el baron Halifax tomando la palabra, tiene su dotación como á consorte de su majestad, otra dotación como príncipe de Dinamarca, otra como duque de Cumberland y otra como á supremo almirante de Inglaterra y de Irlanda; pero no tiene dotación alguna como á generalísimo, y eso es una injusticia. Es preciso que cese este desorden por interés del pueblo inglés.

Además, lord Halifax hizo el elogio de la religión cristiana, vituperó el papismo y votó el subsidio. En cuanto dicho baron se sentó, el abogado continuó llamando á votar á los pares.

—Milord Cristóbal, baron Barnard.

Lord Barnard, del que debían nacer

(1) El último nombrado.

los duques de Cleveland, se levantó al oír su título y dijo:

—Content.

Mientras lord Barnard se volvía á sentar, el abogado que leía de rutina vaciló. Se puso los anteojos, se inclinó sobre el registro, fijando mucho la atención en él, y despues, irguiendo la cabeza, dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, baron Clancharlie y Hunkerville.

Gwynplaine se levantó y contestó:

—Non content.

Todas las miradas de la Cámara se fijaron en el nuevo lord, que permanecía de pié. La multitud de luces encendidas en los dos candelabros de los lados del trono alumbraban con claridad su fisonomía y la hacían resaltar de relieve en la vasta sala oscura.

Gwynplaine estaba esforzándose por borrar la risa de su rostro, resultado que ya dijimos podía conseguir con grandísimo trabajo, por medio de una concentración de voluntad igual á la que se necesita para domar un tigre: conseguía por un momento hacer serio su semblante, pero solo dejaba de reír un momento; su esfuerzo no podía durar mucho tiempo, porque siempre son cortas las desobediencias á nuestra ley ó á nuestra fatalidad: algunas veces el agua del mar resiste á la gravitación, se hincha en una tromba y forma una montaña, pero con la condición fatal de volver á caer. Lucha semejante sostenía Gwynplaine. Para un instante solemne, y por la prodigiosa intensidad de la voluntad, pero por el poco tiempo que dura un relámpago, aparecía en su rostro el velo sombrío de su alma y lograba suspender su incurable sonrisa, retirando la alegría de la faz que le esculpieron; pero entonces estaba más espantoso.

—Quién es ese hombre? fué la pregunta-grito unánime de la Cámara.

Indescriptible estremecimiento se apoderó de todos los lores. Fué sorprendente el efecto que produjeron en ellos el bosque de cabellos, los hundimientos negros debajo de las cejas, la mirada profunda de los ojos, apenas visibles, y el aspecto feroz de aquella cabeza que se movía horriblemente entre la sombra y la voz. Mucho se había hablado de la deformidad de Gwynplaine, pero viéndole, la realidad sobrepujaba á cuanto la fantasía pudiera haber imaginado. Encima de la montaña reservada para los dioses y durante la fiesta que celebran en una noche serena los todopoderosos reunidos,

imaginaos que aparece de repente en el horizonte, como una luna sangrienta, el rostro de Prometeo, destrozado por las picaduras del buitre, y que el Olimpo distingue el Cáucaso. Una visión semejante se apareció á los todopoderosos de Inglaterra. Viejos y jóvenes contemplaban estáticos y con la boca abierta á Gwynplaine.

El anciano duque Thomas de Warton, á quien veneraba toda la Cámara, se levantó sobresaltado, exclamando:

—Qué es esto? ¿Quién introdujo á ese hombre en la Cámara? ¿Que le arrojen de aquí!

Despues apostrofó con altivez de este modo al nuevo lord:

—Quién sois? de dónde salís?

—Del abismo, respondió Gwynplaine, y cruzándose de brazos, miró fijamente á los pares.

—Quién soy? Soy la miseria. Milores, tengo que hablaros.

Todos se estremecieron, pero callaron; Gwynplaine continuó:

—Milores, ocupais las alturas del mundo y debemos creer que Dios tiene sus razones para concederos ese privilegio. Gozais del poder, de la opulencia, de la alegría; el sol está inmóvil en vuestro cenit; vuestra autoridad desconoce límites; disfrutais de los placeres sin compartirlos con nadie, teniendo á los demás en completo olvido. Pero debo advertiros que hay algo debajo de vosotros, acaso encima, y os participo una nueva; el género humano existe.

Las asambleas son como los niños; los incidentes son su caja de sorpresas, que les causa miedo y curiosidad á la vez: parece algunas veces que al tocar un resorte se vea salir al diablo del agujero. Esto sucedió en Francia al aparecer Mirabeau, que era también deforme.

Gwynplaine se creía en aquel momento dotado de cierta grandeza. El grupo de hombres á quien dirigimos la palabra es un pedestal; estamos, por decirlo así, sobre una cima de almas, y se siente en los talones estremecimiento de entrañas humanas. Gwynplaine no era ya ahora el hombre de la noche anterior, que fué durante un momento un hombre vulgar; las humaredas que le marearon durante su súbita elevación se habían desvanecido, dejándole ver la transparencia de ésta, y lo que ayer tomó como vanidad, ahora veía que era una función; lo que ayer le empequeñecía, ahora le realizaba, viéndose ilu-

minado por uno de esos grandes relámpagos que enciende el deber.

De todos los lados de la Cámara se oían estos gritos:

—Silencio! Oid, oid! Silencio!

Gwynplaine, crispado, sobrehumano, conseguía mantener en su rostro su contracción severa y lúgubre, y continuó de este modo:

—Vengo de las profundidades. Milores, sois los grandes y los ricos, y esto es peligroso para vosotros, porque os aprovecháis de los beneficios de la noche. Pero guardaos del gran poder de la aurora. El alba no puede ser vencida; llegará, ya llega, y trae consigo la luz de un día irresistible, porque el sol resplandecerá en el cielo. El sol es el derecho y vosotros sois el privilegio. Debeis tener miedo, porque el verdadero amo de la casa vá á llamar á la puerta. ¿Quién es el padre del privilegio? La casualidad. ¿Quién es su hijo? El abuso; pero ni el abuso ni la casualidad son sólidos; ambos tienen un mañana funesto. Vengo á advertiroslo y á denunciar vuestra felicidad, que se compone de las desgracias de los demás. Os apoderáis de todo, y vuestro todo está compuesto de la nada de los otros. Milores, soy abogado desilusionado y sé que pleiteo por una causa perdida, pero esta causa la ganará Dios. Nada signífico, solo soy una voz; el género humano es una boca y yo soy su grito; pero lo oíreis. Voy á abrir á vuestra presencia, pares de Inglaterra, los grandes tribunales del pueblo, de ese soberano que hoy es el que sufre, de ese condenado que ha de ser juez. Me oprime el peso de lo que deseo decir, y no sé por dónde empezar. He reunido en la vasta difusión de los sufrimientos la enorme y esparcida queja. Es superior á mis fuerzas y saldrá de mis labios confusamente, que yo no habia previsto este acontecimiento, y estoy tan asombrado como vosotros. Ayer era un saltimbanqui, hoy soy un lord. Misterios profundos de lo desconocido, ante quien debemos inclinarnos todos y temblar. Milores, todo el cielo está á nuestra parte; del inmenso universo solo veis la parte de fiesta, y es necesario que conozcaís su parte de sombra. Entre vosotros me llamo lord Fernando Clancharlie, pero mi verdadero nombre es un nombre de pobre, me llamo Gwynplaine. Soy un miserable cortado de la tela de los grandes por un rey que así le plugo. Hé aquí mi historia. Muchos de vosotros conocisteis á mi padre, yo no le conocí; era de los vuestros

por su parte feudal, y yo me adherí á él por su parte de proscrito. Lo que Dios hace bien hecho está. Me arrojaron al mar. Con qué objeto? Para que conociese su fondo; soy buzo y traigo á la superficie la perla de la verdad. Oidme, milores; he visto y he experimentado la pobreza, porque en su seno he crecido, y sufrí frío, hambre, peste, desprecio y vergüenza. Vomitaré la pobreza ante vosotros, y con los vómitos de todas sus miserias salpicaré vuestros piés y resplandecerá. Titubeé antes de dejarme traer á este sitio, porque tengo deberes que cumplir en otra parte y aquí no está mi corazón. Lo que me ha hecho pensar este acontecimiento no os importa: cuando el ujier de la vara negra vino á buscarme de parte de la reina, mi primer impulso fué renunciar á tanto honor, pero me pareció que la mano de Dios me empujaba aquí, y vine. Creí necesario sentarme entre vosotros. Por qué? Porque ayer arrastraba andrajos. Porque sin duda, para tomar la palabra ante los que están hartos, Dios me hizo formar parte de los que están hambrientos. El mundo fatal, que creéis habitar, ni siquiera le conoceis; estais tan altos que os colocais fuera de él. Como vengo de ese mundo, he adquirido experiencia y puedo deciros lo que pensais, lo que sois y lo que haceis, porque lo ignorais. Una noche, una noche de tempestad, siendo yo muy niño, huérfano y abandonado, solo en la inmensidad de la creación, entré en esa sombra que llamais la sociedad. Lo primero que ví fué la ley, bajo la forma de una horca; lo segundo, la riqueza, esto es, vuestra riqueza, bajo la forma de una mujer muerta de frío y de hambre; lo tercero el porvenir, bajo la forma de una niña agonizante; lo cuarto, lo bueno, lo verdadero y lo justo, bajo la forma de un vagabundo, que solo tenia un lobo por compañero y por amigo.

En este momento, Gwynplaine, víctima de dolorosa emoción, sintió que los sollozos le subian á la garganta, y, siniestro y extraño presagio para él, estalló la risa en su fisonomía.

El contagio fué inmediato. Se cernía una nube sobre la Asamblea; podía reventar en espanto y reventó en risa. La risa, esa demencia que desarrega todas las frentes, se apoderó de todos los lores. Los cenáculos de hombres soberanos están en su elemento cuando pueden burlarse, vengándose así de su habitual seriedad. La risa de los reyes se asemeja

á la de los dioses, tiene un fondo de crueldad. Los lores tomaron aquello como un juego; la burla afiló las risas. Aplaudieron al que hablaba, ultrajándole de ese modo. Disparándole un montón de interjecciones burlonas.

—Bravo, Gwynplaine!—¡Bien por *El hombre que ríe!*—¡Ese es el hocico de la Green-Box!—¡Vienes á favorecernos con una de tus representaciones!—¡Eres muy elocuente!—Me diviertes mucho!—¡Qué bien te ries!—¡Buenos días, muñeco de carton!—Salud á lord clown!—¡Venga otro discurso!—¡Eso es un par de Inglaterra!—Continúa!—No, no!—Sí, sí!...

El lord-canciller estaba inquieto.

Un par sordo, James Butler, duque de Ormond, haciendo de la mano una trompetilla acústica para el oído, preguntó al duque de Saint-Albans:

—¿Qué es lo que ha votado?

—Non content, le respondió el duque.

—Pardiez, ya lo creo! ¡Cómo ha de estar contento con ese rostro! exclamó el duque de Ormond.

Cuando se escapa una multitud—y las Asambleas son multitudes—ya no se la puede parar. La elocuencia es un anzuelo: si éste se rompe, se lo lleva el auditorio y lo arrastra hasta desarmar al orador. El auditorio aborrece al orador, y esto no se quiere creer. Volver á sujetar la brida parece que sea un buen recurso y no lo es, pero todo orador lo prueba por instinto. Gwynplaine lo probó.

Contempló un instante á los lores riendo y exclamó:

—Insultais á la miseria! ¡Pares de Inglaterra, silencio! Escuchad mi querrela, jueces. Os conjuro á que tengais compasión, pero á vosotros mismos, que sois los que afrontais el peligro. Ignorais acaso que estais en una balanza, en uno de cuyos platos está colocado el poder y en el otro la responsabilidad. Dios os pesa. No os riais y medita. La oscilación de la balanza de Dios la produce el temblor de la conciencia. No sois malvados; sois como los demás hombres: ni mejores ni peores que ellos. Os creéis dioses, pero mañana estareis enfermos, y la fiebre extremecerá vuestra divinidad. Todos somos iguales. Me dirijo á los hombres honrados, y aquí los hay; me dirijo á las inteligencias elevadas, y aquí las hay; me dirijo á las almas generosas, y también las hay aquí. Sois padres, hijos y hermanos; por lo tanto, os enterneceréis con frecuencia. El que ha besado esta mañana á su hijo al despertarse, es bueno; el corazón es igual

en todos los hombres. Entre los que oprimen y los que son oprimidos solo hay la diferencia del sitio en que están colocados. Si vuestros piés andan sobre cabezas, no es culpa vuestra, es culpa de la Babel social. Construcción defectuosa, porque no está á plomo; un piso está cargado sobre el otro. Ya que poseeis el poder, tened fraternidad; ya que sois grandes, sed tiernos... ¡Si supiérais lo que he visto allá bajo, en las profundidades!... El género humano está en el calabozo, y hay muchos sentenciados que son inocentes. Carecen de luz, de aire, de virtud, y, lo que es más temible, esperan tener todo eso. Considerad esas desdichas y que hay seres que viven muriendo; que hay jóvenes que comienzan á prostituirse á los ocho años y que llegan á la vejez á los veinte. Las severidades penales son espantosas. Ayer ví un hombre encadenado y desnudo, con piedras sobre el vientre, que espiró en la tortura. Esto sin duda no lo sabeis; si lo supiérais, ninguno de vosotros se atrevería á ser dichoso. En las minas hay hombres que comen carbon, para engañar al hambre y llenar el estómago. En el condado de Lancastre, Ribbleschester, por su gran indigencia, de ciudad se ha convertido en aldea. El príncipe Jorge de Dinamarca no necesita las cien mil guineas con que se trata de aumentar su dotación; yo preferiría en cambio que al recibir en el hospital al enfermo indigente no se le hiciese pagar su entierro de antemano. En Caernarvon, en Traithmaur y en Traith-bichan es horrible el hambre que sufren los pobres. En Stratford no se puede desecar el pantano, porque no tienen dinero para eso. Las fábricas de paños están cerradas en todo el Lancashire. Los pescadores de arenques de Harlech comen yerba cuando les falla la pesquera. En Ailesbury la penuria es permanente. En Penckridge, en Coventry, cuya catedral acabais de dotar, cuyo obispo acabais de enriquecer, no tienen camas en las chozas, y cavaban zanjas para que se acuesten en ellas los niños, que en vez de empezar la vida en la cuna, la empiezan en la tumba. He visto todo lo que refiero. ¿Sabeis, milores, quién paga los impuestos que votais? Los que mueren. Vivís engañados, equivocásteis el camino. Aumentais la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico: obráis del modo contrario que debíerais obrar. ¡Lo que quitais al trabajador se lo dais al ocioso; lo que tomáis al desarropado se lo dais al que

vá bien vestido; lo que arrebatáis al indigente lo destináis para el príncipe! Como corre antigua sangre republicana por mis venas, vuestro proceder me causa horror. Execro á los reyes. Las mujeres nobles son descaradas. Me han referido una triste historia. Odio á Carlos II. Una mujer que idolatró mi padre, mientras él espiraba en el destierro, se entregó á ese rey como una prostituta. Después de Carlos II vino Jacobo II; detrás de un tuno vino un malvado. ¿Qué es el rey? Un hombre que es causa débil y miserable de necesidades y de flaquezas. Para qué sirve el rey? Para que mimeis á la monarquía parásita. Es un gusano que convertís en boa; es una ténia que trocáis en dragon. ¡Tened piedad de los pobres! Estais gravando el impuesto en beneficio del trono. ¡Temed á las leyes que promulgáis! ¡Temed al hormiguero que estais aplastando! Bajad la vista y mirad á vuestros piés. Existen miserables: ¡tened compasión de ellos y de vosotros mismos! Las muchedumbres agonizan, y muriendo lo de bajo hace morir á lo de arriba. La muerte es una cesación que no exceptúa á ningun miembro; cuando llega la noche nadie puede conservar un pedazo de día. La perdición del navío no es indiferente á ningun pasajero: si estos naufragan, las olas tragan á aquellos. El abismo no perdona á nadie.

En la Cámara iba en aumento la risa irresistible. Para alegrar á una Asamblea bastaba con la extravagancia de lo que decía el orador. Gwynplaine era cómico por el exterior y trágico por el interior, y no hay sufrimiento tan humillante como el suyo, ni que escite cólera tan profunda. Sus ideas se agitaban en un sentido y su fisonomía en otro; su situación era espantosa, su voz tuvo de repente brillos estridentes.

—¡Parece chanza que estos hombres se regocijen! ¡Esto es la ironía afrontando á la agonía, las risotadas ultrajando al estertor! Pobres! yo soy uno de los vuestros, porque un rey me vendió y me recogió un pobre. Me mutiló un príncipe y me curó y me alimentó un muerto de hambre. Soy lord Clancharlie, pero continuaré siendo Gwynplaine. Procedo de los grandes, pero pertenezco á los pequeños. Estoy entre los que gozan y soy de los que padecen. Esta sociedad es falsa, pero ya vendrá la verdadera, y entonces no habrá señores, solo habrá vivientes libres. No habrá dueños y habrá padres. En el porvenir nadie se prosternará, ni

cometerá bajezas; no habrá ignorancia, ni hombres que sean bestias de carga, ni cortesanos, ni lacayos, ni reyes. Aquí estoy mientras alborea ese porvenir. Tengo derecho á estar y uso de ese derecho. Yo referiré desde aquí ¡oh pobres! vuestros sacrificios. Me erguiré con un puñado de harapos del pueblo en la mano y sacudiré sobre los señores la miseria de los esclavos, y no podrán, los privilegiados y los arrogantes, ellos que son príncipes, librarse del escozor de los pobres, y estas sabandijas caerán sobre los leones!...

Al llegar aquí, volvió Gwynplaine la cabeza hácia los sub-abogados, que arrodillados escribían sobre el cuarto saco de lana.

—¿Quiénes son esos hombres que están de rodillas? ¿Qué es lo que haceis ahí? Levantaos.

El apóstrofe brusco dirigido á dos subalternos, que un lord ni aun debe fijarse en que estaban allí, puso el colmo al regocijo general. Gritaban desde todos los bancos: Bravo!... hurra! De los aplausos llegaron hasta los pateos. Parecía que los lores estaban en la Green-Box, solo que en la Green-Box la risa halagaba á Gwynplaine y aquí le exterminaba. Matar es el gran esfuerzo del ridículo; la risa humana hace todo lo que puede algunas veces por asesinar.

La risa general hacia llover dichos satíricos y picantes. Es necedad en las Asambleas el creerse que tienen talento; su burla ingeniosa, pero imbécil, desprecia los hechos en vez de estudiarlos, y condena las cuestiones en vez de resolverlas. Un incidente es un punto interrogante. Reirse es reirse del enigma, y está detrás la esfinge, que no se rie.

En la Cámara sonaban estos clamores contradictorios:

—Basta! basta! Más! más aun!

William Farmer, baron Leimpster, lanzaba á Gwynplaine la afrenta de Ryc-Quiney á Shakespeare:

—*Histrio! mima!*

Lord Vangham, hombre sentencioso, que se sentaba el vigésimo-noveno en el banco de los barones, gritaba:

—Hemos vuelto al tiempo en que peroraban los animales. Entre las bocas humanas la mandíbula bestial tiene la palabra.

—Oigamos á la burra de Balaám, añadía lord Yarmouth.

—El rebelde Lineus fué castigado en su tumba; el hijo es el castigo del padre, decía John Hong, obispo de Lichfield y

de Coventry, cuya prebenda desfloró Gwynplaine.

Thomas Wentworth, baron Raby, apostrofaba así al canceller:

—Milord-canciller, levantad la sesión.

—No, no, no! que continúe!... ¡que nos divierte!...

Esto pedían los jóvenes lores, y su regocijo rayaba en furor; cuatro de ellos se encontraban en plena exasperación de hilaridad y de odio; estos eran Laurencio Hyde, conde de Rochester; Thomas Tufson, conde de Manet; el vizconde de Hatton y el duque de Montang. El vizconde Hatton sacó un penny del bolsillo y se lo arrojó á Gwynplaine. Esto provocó una tempestad de aplausos en la Cámara, reinando un tumulto de pandemonium que ahogaba las palabras que pronunciaba el orador.

Ralph, duque de Montang, recientemente salido de la Universidad de Oxford y á quien apenas apuntaba el bigote, descendió del banco de los duques, en el que ocupaba el sitio diez y nueve, y fué á colocarse cruzado de brazos enfrente de Gwynplaine; burlándose en sus narices, le preguntó:

—¿Qué es lo que dices?

—Profetizo, respondió el orador.

Estalló nueva explosión de risa, pero debajo de ella gruñía la cólera en baja continua.

Del caos de las risotadas se escapaban confusas las siguientes exclamaciones:—Cara de Górgona! ¿Qué significa esta aventura?—Insulta á la Cámara!—¡Ese hombre es un fenómeno!—¡Esto es una vergüenza!—Esto es un escándalo!—Que se levante la sesión!—No!—Sí!—Que acabe de hablar!...—Habla, bufon!... Lord Lewis de Duras exclamó:

—Propongo que se dé un voto de gracias, concebido de este modo: La Cámara de los Lores agradecida á la Green-Box.

Lord Scarsdale tradujo en una sola pregunta la impresión que Gwynplaine produjo á la Asamblea:

—¿Qué viene á hacer aquí ese monstruo?

Siempre hay quien pronuncia la palabra que reasume todo lo que se dice sobre un objeto.

Gwynplaine se irguió, espantado é indignado, movido por convulsión suprema. Contempló á los pares y les dijo:

—¿Qué vengo á hacer aquí? Vengo á ser terrible. Decís que soy un monstruo; no; soy el pueblo. Me tomáis por excepción y soy todo el mundo; la excepción

sois vosotros, porque representais la quimera, y yo represento la realidad. Soy el Hombre. Soy el espantoso *Hombre que rie*. De qué? De vosotros, de mí, de todo. ¿Qué significa esta risa? Vuestro crimen y mi suplicio, crimen y suplicio que os escupo á la cara.

Calló y callaron los lores, aunque continuaron riendo, pero con risas apagadas. Parecióle á Gwynplaine que habría conseguido llamar la atención: cobrando bríos, continuó:

—La risa esculpida en mi semblante la esculpió un rey, y esta risa expresa la desolación universal; esta risa significa odio, silencio constreñido, rabia, desesperación; esta risa la produjeron las torturas, es la risa de un forzado. Si Satanás la tuviese, esta risa condenaría á Dios; pero lo eterno no se parece á lo perecedero; siendo absoluto es justo, y Dios odia lo que hacen los reyes. Me creéis una excepción y soy un símbolo. Poderosos imbéciles, abrid los ojos, que yo lo encarno; yo represento á la humanidad tal como es en manos de sus señores. El hombre está en ella mutilado, como yo lo estoy, como lo está el género humano; le han estropeado la forma al derecho, á la justicia, á la verdad, á la razón y á la inteligencia, como á mí los ojos, la nariz y las orejas; como á mí, le han introducido en el corazón una cloaca de cólera y de dolor, y han cubierto su faz con una máscara de contento. En la obra de la mano de Dios se ha cebado la garra del rey. Obispos, pares y príncipes, el pueblo sufre profundamente, pero rie la superficie; por eso os digo que el pueblo soy yo. Hoy le oprimís, hoy le salvais; pero el porvenir traerá el deshielo sombrero, y lo que era piedra se volverá agua. La apariencia sólida se trocará en submersión; dará un crujido y todo terminará. Llegará la hora en que una convulsión romperá vuestra opresión y en que un rugido conteste á vuestras silbas. Esta hora llegó y se llamó la República; la despidieron, pero ella volverá. Mientras vuelve, recordad que Cromwell, con su hacha en la mano, interrumpió la serie de reyes que empuñaban espadas, y temblad. Se acercan las incorruptibles soluciones; las lenguas arrancadas vuelan y se convierten en lenguas de fuego esparcidas por el viento de las tinieblas y aullan en el infinito; los que tienen hambre enseñan los dientes ociosos; los palacios edificados sobre los infiernos se bambolean; la mayoría padece; lo que está arriba cuelga,